

LOS HAY OPTIMISTAS

EL señor Solís Ruiz ha salido al paso del generalizado desánimo, insistiendo en que continúa nuestro desarrollo político. El señor Solís Ruiz no hace otra cosa que ratificar lo que yo anticipé hace ya dos años, cuando publiqué una Capilla Sixtina que devendrá histórica bajo el título Nos van a desarrollar. Efectivamente. Nos están desarrollando poco a poco y en cuanto nos descuidemos el desarrollo va a ser total. Yo preferiría que no me desarrollaran tanto. Uno pertenece a una de esas innumerables generaciones hispanas perdidas adaptadas al tono iraní de nuestra política. Las novedades ugandesas me exceden. Son cosas de otro tiempo. Para vosotros, queridos jóvenes que me escucháis, es esa España con hombres que se han colgado la sonrisa en la cara y se han aprendido el corto vocabulario del optimismo político.

Hasta los editorialistas de «Ya» están pesimistas, y este punto de referencia me parece definitivo para apreciar en lo que vale el tono optimista del señor Solís Ruiz, la «sonrisa del Régimen», como le calificó un colega suyo no menos sonriente, el señor Fernando Suárez. Desde que desapareció del Gobierno el señor Ruiz Jarabo, que sonreía poco y mal, nadie podrá negar que tenemos el Gobierno más sonriente de los últimos quinientos años. Hay sonrisas para todos los gustos y si bien me tienta en primera instancia la contagiosa sonrisa de Solís Ruiz, admito que mi sonrisa preferida es la del Ministro de Gobernación. Es una sonrisa que tiene el valor añadido de la precariedad, casi de la fugacidad. Yo discreparía del señor Suárez, con todos los respetos que me merece un ministro tan alto como el de Trabajo, en los dos o tres sentidos que en su caso tiene la palabra alto. Las sonrisas vigilantes, las no optimistas, son con las que yo me oriento, y a mi edad una de las cosas que más estima uno es la orientación política. En cambio, ante la sonrisa de Solís y su optimista locuacidad, me desorienta, me convierto en un elefante perdido en una caja de cerillas.

Me dirán: feliz el país gobernado por optimistas. Y no diré que no, aunque yo no veo que el país sea especialmente feliz, pero admito que la apreciación de la felicidad de las personas y los países es uno de los ejercicios humanos más perjudicables por la subjetividad. En cualquier caso, la advertencia de Solís Ruiz de que continúa el desarrollo político puede servirme a título preventivo. Ya he puesto dos cerrojos en la puerta de mi casa y escucho cada noche la emisión en castellano de la BBC, como hacía en aquellos tiempos en que Antonio Machin cantaba:

**Se vive solamente una vez,
hay que aprender a querer y a vivir.**

No hay para tanto pesimismo, es cierto. Tampoco hay que pasarse por este lado. Pero es que yo no he nacido holandés. Y ante esta irrefutable evidencia hay que tomar partido.

SIXTO CAMARA



RITUAL

ME abrió la puerta con una sonrisa de provocación y de lascivia. Llevaba puesto su mejor mandil, el de los soles bordados en oro rodeados de cenefas con alfas, omegas y hebillitas de Hermes. Hice como que no me percataba. Pero ella señaló:

—¿No te has dado cuenta?

Fingí no escuchar. Sólo me sirvió para que insistiera:

—Te advierto que no llevo nada debajo.

Yo sabía que mentía. Debajo llevaba muchas cosas: un triángulo colgado de cada uno de sus maleables atributos y un compás oculto en alguna parte.

Ella aparentaba, a su vez, no darse cuenta de mi asco y mi desprecio. Su insolencia llegó hasta el punto de poner un disco de alguna musiquilla andina. Yo sabía desde el principio cuál era mi obligación.

La degollé. Aunque no sin que se resistiera. La degollé, y después clavé los dos triángulos en cada uno de sus acariciadores ojos negros.

Por alguna razón —tal vez debido al esfuerzo físico— comenzó a salirme sangre por la nariz. No me ocurría desde niño. (Yo solía sangrar por la nariz cada vez que el hermano Venancio me golpeaba con el borrador de madera en la nuca.)

Taponé mi nariz con papel secante. Y después hice lo que tenía que hacer: castigar a mi nariz con unos puñetazos. Luego, me golpeé las orejas contra el paredón, primero una, luego otra, de nuevo la primera, y así sucesivamente.

Entonces me sentí bien. Salí al balcón. Por la calle pasaban los niños de la Operación Plus Ultra, a quienes llevaban de la Joaquín Peláez y Tomás Martín Blanco. A Joaquín Peláez le quiero mucho, porque era Diego Valor en mi infancia, cuando el verde Mekong suponía un peligro para todos nosotros. A Tomás Martín Blanco le conozco menos, porque estuvo dedicándose a eso de la música, pero también le quiero.

Todos me saludaron con alegría. Les arrojé el mandil como regalo, y se pusieron muy contentos.

Después me fui a Correos a protestar de la ruptura de relaciones telegráficas con Méjico. Aproveché para escribir una carta despreciativa a los Reyes Magos de Oriente, pidiéndoles carbón para todos los países del mundo, con excepción de Polonia.

Vuelto a casa, yací junto a su cadáver. ■
CAÑAVERAL.